

LA ÚLTIMA NOCHE.

A José López-Portillo y Rojas.

Ningún rumor en la ciudad se oía,
Todo enlutaba de la noche el velo:
El silencio y la sombra,—¡qué armonía
Con almas que lloraban sin consuelo!

¡De cuántos desgarrados corazones
Hondo lamento de dolor brotaba!
Hasta el viento rasando los balcones,
Parece que sus quejas exhalaba.

Por un cirio amarillo de repente
Una gota de cera iba rodando;
Parecía una lágrima candente
Por pálida mejilla resbalando.

Un extraño contraste se veía
Junto al cuerpo bellissimo sin alma:
Todos lloraban, y ella sonreía,
Ellos en el dolor, y ella en la calma.

Sus ojos, para el mundo ya cerrados,
Para un mundo mejor tenía abiertos,

Y en ellos se miraban retratados
Los goces celestiales de los muertos.

Ya lágrimas amargas no podían
Turbar la limpidez de su mirada;
Y sus ojos con éxtasis veían
El resplandor de la eternal morada.

Si asomaba á los párpados el llanto
Al contemplar su pálida belleza,
No era esa angustia que destroza tanto,
Era melancolía y no tristeza.

Es la amarga tristeza noche umbría
Sin estrellas, sin luces y sin calma;
Pero es la celestial melancolía
Un tranquilo crepúsculo del alma.

Y, ya olvidada del dolor que aterra,
Creía el alma en éxtasis profundo,
Que, suspensa la vida de la tierra,
Vivía con la vida de otro mundo.

Y voces celestiales á lo lejos
Hablaban de reposo y bienandanza,
Y verse parecían los reflejos
De la infinita luz de la esperanza.

Y se pensaba por extraña suerte
Oír una armonía seductora;
Tal vez cantan las almas á la muerte
Como cantan las aves á la aurora.

Parecían salir del aposento,
Cual la que vió Jacob, santas escalas,

Y dulces resonaban en el viento
Acentos de ángel y rumores de alas.

Tanta unción en su faz resplandecía
Que, al verla, nadie la creyera inerte;
Su actitud soñadora parecía
Un éxtasis divino y no la muerte.

Tendida muellemente sobre el lecho,
Que no tenía forma funeraria,
Con las manos unidas sobre el pecho,
Parecía elevar una plegaria.

Como lleva la brújula el marino
Al recorrer el mar alborotado,
Para surcar el piélago divino
Ella llevaba al Dios crucificado.

Al comenzar su viaje hacía la altura
Al amparo de Cristo se acogía,
Y entre sus manos de sin par blancura
Brillar un crucifijo se veía.

Los resplandores del blandón inciertos,
Fingían en su rostro, fugitivos,
Júbilo por los goces de los muertos,
Tristeza por las penas de los vivos.

¡Última noche que la hermosa muerta
Pasaba en ese hogar de que fué encanto;
Se iba, y dejaba en la mansión desierta,
Sólo un recuerdo de perpetuo llanto!

Se iba, y dejaba á sus pequeños hijos
De sus besos de amor sin el consuelo;

Y ellos, por siempre en su recuerdo fijos,
Sólo han de conocerla allá en el cielo.

Acaso era ilusión; pero á medida
Que en las alas del tiempo se acercaba
La hora de la eterna despedida,
Más doliente su rostro se mostraba.

¿Por qué ya al separarla el nuevo día
De los que fueron luz de su existencia,
Tan triste su expresión aparecía?
¿También los muertos llorarán la ausencia?

Disipada por fin la noche oscura,
Ese sol que da vida á cuanto existe
Vino á alumbrar su tétrica hermosura.
¡Cuán alegre la aurora, ella cuán triste!

Despertó la ciudad á los albores,
Volviendo á sus pesares y á sus gozos:
Afuera, de la vida los rumores,
Adentro, de la muerte los sollozos.

¡Y todo despertó con nueva vida
Cuando en oriente el sol lució risueño,
Y ella tan sólo, pálida y dormida,
No despertó de su tranquilo sueño!

Los que inerte llorando la veían
Soñaban con la eterna venturanza;
Todos algo sublime poseían:
¡Ella los cielos, ellos la esperanza!

ACELERACIÓN.

(WALS DE STRAUSS.)

A José López-Portillo y Rojas.

Era noche de llanto y de tristeza;
En su fúnebre lecho la ví inerte;
No podía olvidar esa belleza,
Melancólica y dulce de la muerte.

Desdeñaba en mi pena á la insensata
Multitud, que contenta se reía;
Y el rumor de la alegre serenata
A mis oídos plácido venía.

Indiferente y frío
Seguí cruzando con doliente calma;
Y me sacaron de éxtasis sombrío,
Las notas que cayeron cual rocío
En las flores marchitas de mi alma.

Eran de Strauss, mágico que vive
Creando de armonías un tesoro,
De ese poeta músico que escribe
Con pardas brumas y con rayos de oro.

Es un extraño wals, triste y alegre,
Que á un tiempo llora y ríe,
Que me recuerda, en su variado encanto,
Una mujer hermosa que sonrío
Con los ojos bañados por el llanto.

Tiene notas veloces como el vuelo
De un sér á los espacios infinitos;
Viaje de una alma que al llegar al cielo
Es recibida con alegres gritos.

Vago turbión de notas desatadas,
Veloces, sutilísimas, ligeras,
Cual las de ángeles rápidas bandadas
Que triunfantes recorren las esferas.

Yo pensaba en el alma refulgente
Que acababa de alzar su vuelo blando,
Y la veía en mi delirio ardiente
Por los cielos cruzar, rauda volando.

Y las notas de Strauss semejaban,
Ligeras y argentinas,
Ecos perdidos que hasta mí llegaban
De misteriosas músicas divinas.

Y del alma los ojos
Bañados por la luz de la esperanza,
Vefan en su anhelo
Un grupo luminoso en lontananza
Rápidamente levantarse al cielo.

Si una alma pura vuela
Al reino de la paz y la alegría,
Va dejando en su tránsito una estela
De perfume, de luz y de armonía.

Mas las notas alegres y sonoras
En tristes se trocaron con presteza,
Y las oí sonar desgarradoras,
Como un hondo gemido de tristeza.

Aquellas notas raudas y tranquilas
Presto se hicieron lentas y dolientes,
Como en las antes plácidas pupilas
Brotan de pronto lágrimas ardientes.

Sonaron dolorosas en mi oído

Cual postrar ¡ay! que el moribundo lanza,
Como el último adiós de un sér querido,
O el eco de un dolor sin esperanza.

Si las notas primeras me fingían
La llegada triunfal de una alma al cielo,
Las últimas los ayes parecían
De los que la lloraban en el suelo.

Y al mágico poder de la armonía,
Llena el alma de angustia y de cariño,
Desbordada sentí mi pena impía,
Y me quedé llorando como un niño.

Desvanecida mi visión tan pura,
Otra vez en su lecho la ví inerte;
De nuevo me agobió con su amargura
La inmensa pesadumbre de la muerte.

Murió! Cuando en mis horas de tristeza
Gozo de mis recuerdos con la calma.
Viene su melancólica belleza
A conmoverme en lo íntimo del alma.

Recordar esas notas me extasía
Y vierto el lloro que consuela tanto,
¡Bendito el que ha creado la armonía,
Y bendito el Señor que nos dió el llanto!

Guadalajara, julio 7 de 1878.

TRAICIÓN.

Ella le engañó traidora
Cuando él la amó con delirio;
Él sucumbió á su martirio,
Y ella finge que le llora.

Mas si una corona deja
De su víctima en la tumba,
Algo en sus oídos zumba
Como el rumor de una queja.

Y, de horror estremecida,
No sabe si ese lamento
Será sollozo del viento
O queja de alma vendida.

Guadalajara, julio 11 de 1878.

EL ALMA Y LA FLOR.

En la tumba de su encanto
Él lloraba en honda pena,
Y allí plantó una azucena
Que iba á regar con su llanto.

Y algo quizás de ella había
En la flor que allí se alzaba;
Porque cuando él la besaba
Esa flor palidecía.

Guadalajara, julio 12 de 1878.

LAS DOS MUERTES.

Cuando sus padres murieron,
Presa de dolor profundo
Las dos huérfanas se vieron
Sin amparo en este mundo.

Víctimas de dura suerte
Fueron un día á caer,
Una en brazos de la muerte
Y otra en brazos del placer.

¡Pobre alma, del mal cautiva,
Cuánta compasión despierta!
Lloré por la hermana viva
Más que por la hermana muerta.

Guadalajara, julio 13 de 1878.

¡SOLO!

Cuando á la guerra marchaba
Enamorado el doncel,
Su triste llanto enjugaba
Una niña junto á él.

Cuando años después tornó,
De amor buscando el encanto,
Junto á una tumba lloró,
Y nadie enjugó su llanto.

Guadalajara, julio 15 de 1878.

AMOR FUNESTO.

Cedió la niña tan pura
Al blando imperio de amor,
Y alegró la sombra oscura
De un beso el dulce rumor.

Su ángel de guarda, llorando,
Vió de amor el grato exceso,
Y voló, la faz tornando,
Al escuchar aquel beso.

Donde el pudor se deshace
Allí comienza el pesar,
¡Maldito el amor que hace
A los ángeles llorar!

Guadalajara, julio 16 de 1878.

HUÉRFANO.

El niño apenas nació
Cuando, por negra fortuna,
Y dejándole en la cuna,
Su pobre madre murió.

Y en la alta noche sombría
Escucha el niño dormido
Un dulce canto, venido
De la celeste armonía.

Y llegando dulcemente
Blanco fantasma le toca,
Y deja un beso en su boca
Y una lágrima en su frente.

Guadalajara, julio 19 de 1878.

¡POBRE PADRE!

A su hija crió afanoso;
Mas creciendo se casó,
Y, por amor á su esposo,
Su amor al padre olvidó.

Del pobre viejo la herida
Es tan honda que le mata,
¡Ella es feliz, y le olvida,
Y él pide á Dios por la ingrata!

Guadalajara, julio 21 de 1878.

EL HIJO DEL SOLDADO.

(HISTÓRICO.)

El toque de marcha! Los fuertes guerreros
Partían al campo la muerte á buscar,
Las armas brillaban: relámpagos fieros
Que el rayo más tarde debían lanzar.

Las músicas todas con ruda armonía
Alegres tocaban un himno marcial,
En tanto un soldado llorando veía
Morir á su esposa en un hospital.

Con voz balbuciente un niño pequeño,
"Mamá, no te duermas!" decía al llorar,
¡Qué horrible para ella ese último sueño!
¡Partir á otro mundo y á su hijo dejar!

Al dar los clarines el toque postrero
La muerte implacable su frente tocó,
Y en una mirada su adiós postrimero
A su hijo y su esposo la mártir mandó.

Partir era fuerza! terrible amargura:
¡Dejar á la muerta! ¿del niño qué hacer?

¿Llevar al combate la débil criatura
O sola dejarla sin pan perecer?

Los ojos aquellos que vieron con calma
Cien veces la muerte, nublaba el dolor,
Partir era fuerza! . . . pero una noble alma
Mujer, si no ángel, allí envió el Señor.

Al niño dió un beso, y dijo al soldado
De lágrimas santas regada la faz,
¡Si hoy pierde una madre, ya otra ha encontrado,
No es huérfano el niño: soldado, vé en paz!

Guadalajara, julio 22 de 1878.

A MARIANO CORONADO.

Al oír una plácida armonía,
De mis dolores la conciencia pierdo;
Un sueño delicioso me extasía;
No sé si es la ilusión ó es el recuerdo.

Y esa dulce embriaguez arrobadora,
Esa ansia indefinible de lo bello,
Si en la noche del alma no es la aurora,
Es, al menos, un fúlgido destello.

En mis horas de loca fantasía
Extrañas cosas la ilusión figura;
No sé el ver de ese modo á la armonía
Si es adivinación ó si es locura.

Miro los esplendores de la altura
Bajar, rasgando de la sombra el velo;
Siento vibrar la nota desprendida
Del reino de la paz y del consuelo;
Y aspiro aquella esencia bendecida
De las flores que brotan en el cielo

¡Quizás en la mansión de gloria extrema,
En sólo una belleza se resume
La hermosura suprema
De la luz, la armonía y el perfume!

El alma se extasía;
Oye en recogimiento silencioso

Aquel himno sublime y misterioso
Que en sus sueños Pitágoras oía.

¡Ángel de la esperanza!
¿Por ventura no son las ilusiones,
Notas de tus dulcísimas canciones,
Preludios de la eterna venturanza?

La armoniosa corriente
Mis ilusiones lleva al éter vago,
Cual lleva el arroyuelo transparente
Fragantes flores al risueño lago.

En la lucha, en la calma,
La expresión musical siempre se ansía,
Si es una flor el alma,
Su aroma es la armonía.

El artista sublime
Que, en su pesar, abandonado gime,
No siempre llora su profunda pena
Con lágrimas de sangre desolado:
¡Es tan triste llorar abandonado
Teniendo el alma de amargura llena!
Sino que exhala su hondo desconsuelo
En el canto divino que le inspira
El genio arrobador que le dió el cielo,
Y es ese canto que dolor respira
A su inmenso pesar grato consuelo.

¡Siempre, Armonía, los dolores calmas,
Hablas al corazón y á los sentidos;
Que, si el amor es música en las almas,
La música es amor en los sonidos!

VISIÓN.

Tendida en su lecho la vi estremecido;
Su sueño postrero por fin ya dormía;
Yo estaba abrumado, sintiendo en mi oído
Sonar de la muerte la extraña armonía.

Sentía el misterio de un mundo ignorado;
¡Qué lúgubres sones!—¡qué ignotos acentos!
Crugió mi cerebro; miré deslumbrado
De pálidos cirios fulgores sangrientos.

Un humo, una nube, ¡quién sabe! algo obscuro,
Flotando en los aires, formó sombra densa;
Latía en el seno del caos impuro
No sé yo qué vida fantástica, inmensa.

En fondo de brumas los cirios brillaban
Cual astros siniestros de un cielo sombrío;
Cruzando callados mil seres volaban,
Sentí de sus alas el lúgubre frío.

Por fuerza secreta sentíme arrastrado
Flotando en las ondas de un piélago hirviente;
Tendí en torno mío la vista espantado,
Y ví un mar de sombras, inmenso, rugiente.

Era un oceano; tenía oleadas;
Cual barca, sobre ellas, bogaba aquel lecho,
Llevando á la muerta; sus manos cruzadas
Tenían al Cristo unido á su pecho.

Rugió la tormenta; la sombra insondable
Vibró sacudida por viento iracundo;
Con áspero estruendo brilló formidable
Un lívido rayo, con luz de otro mundo.

Sentíme espirante; la tromba pasando
Consigo llevóme, rendido é inerte;
La sombra me ahogaba; sentí, respirando,
Llenarse mi pecho con auras de muerte.

Lancé un alarido, mi voz dolorida
De aullidos de fiera fué extraño remedo;
Sonando en la muerte la voz de la vida
Llegó á mis oídos. De mí tuve miedo.

Y vi que millares de muertos despojos
Pasaban zumbando, con eco doliente;
Horribles cual nunca miraron los ojos,
Horribles cual nunca fingiera la mente.

Un velo pesado mi alma envolvía;
Un frío espantoso minaba mis huesos;
Los yertos fantasmas, con ruda alegría,
Helaban mi frente con horribidos besos.

De pronto un silencio solemne, profundo,
Reinó en ese caos, confuso, flotante,
Creí, al ver la calma de aquel muerto mundo,
Volar en el centro de tumba gigante.

Después una dulce lejana armonía
 Sonó como un himno de santo consuelo:
 La luz de la altura bañó el alma mía,
 Y allá en lontananza de pronto ví el cielo.

Los negros fantasmas sus trajes cambiaron
 Por túnicas blancas, aéreas, lucientes,
 Sus rostros, ya hermosos, de luz se inundaron,
 Celestes diademas ciñeron sus frentes.

Cual grupo encantado de estrellas errantes,
 Pasaban brillando las plácidas almas;
 Volar las veía, felices, triunfantes
 Alzando á los cielos mil fúlgidas palmas.

Y entre ellas la muerta volaba gozosa
 Envuelta en los pliegues de cándido velo,
 Y en éxtasis blando me vió cariñosa,
 Con dulce sonrisa mostrándome el cielo.

Y, súbito, un himno de amor y esperanza
 Sonó con augusta celeste armonía;
 De mundos perdidos allá en lontananza
 Llegar á mi oído las notas sentía.

Llenaba el espacio con himno sonoro
 Del grande universo la voz sobrehumana,
 Y ardiente, sublime, vibraba aquel coro,
 Alzando á los cielos magnífico hosanna.

Y al son de esos santos cantares del cielo,
 Las almas radiosas á Dios se elevaban;
 Yo ya no podía seguir aquel vuelo;
 Los ecos del canto ya apenas vibraban.

Y todo aquel mundo luciente, armonioso,
 Entró á las regiones de eterna belleza;
 Y yo, abandonado, quedé silencioso,
 Sufriendo en la vida mi horrible tristeza.

Las cosas del mundo de nuevo mirando,
 La inmensa agonía sentí de mi suerte,
 Vi en calma el cadáver. De envidia llorando,
 Grité: "¡Dios piadoso! la muerte! la muerte!"

Guadalajara, julio 25 de 1878.